

El futuro de África y las culturas africanas

El continente africano sigue en ebullición. Tras largo tiempo de colonialismo, las diversas etnias y países luchan por alcanzar una estabilidad que armonice su idiosincrasia particular y los avances de la civilización general. El autor nos ofrece su visión experimental y reflexiva sobre el futuro africano basado en sus culturas. En ellas sobresalen tres elementos: las relaciones interpersonales, el carácter oral de sus tradiciones y la mentalidad mística que impregna su vida.

Juan A. Irazabal*

HABLAR de las culturas africanas y de su futuro es navegar entre dos escollos.

* Antiguo misionero en el Zaire.

El primer escollo lo constituye la pretendida actualidad de los medios de comunicación, que sólo nos hablan de guerras y hambrunas en el vecino continente. El condicionamiento informativo que padecemos respecto a África nos impone la necesidad de llevar a cabo una especie de cura de desintoxicación antes de empezar a reflexionar sobre las culturas africanas.

Si las imágenes bélicas y luctuosas acaparan la información sobre África, es preciso recordar que el mundo de la cultura tiene un margen de autonomía considerable frente a los errores de la política, como lo demuestra el hecho de que ni la Primera ni la Segunda Guerra «Mundiales» significaron la negación o la destrucción de la cultura occidental.

El otro escollo que habría que evitar al hablar hoy de culturas africanas es exactamente el opuesto: consistiría en tratar de las culturas africanas sin relacionarlas de ninguna manera con el contexto actual en que se encuentran, exactamente como si fueran piezas de museo.

La Antropología cultural estudia las culturas con una pretensión de objetividad. Las estudia por sí mismas intentando no mezclar ese estudio con otras preocupaciones ideológicas o económicas. Admitiendo que deba hacerse (en la medida en que sea posible) una antropología totalmente neutra y aséptica, eso no significa que todos estemos obligados a adoptar ese mismo punto de vista ante las culturas. A la mayoría nos interesan las culturas porque nos interesan las personas concretas que las viven en su experiencia de cada día. Por eso no hacemos de las culturas un absoluto. No creemos que determinadas formas culturales deban permanecer invariables.

Más bien al contrario. Pensamos que toda cultura es una realidad dinámica que debe hacer frente a los retos de cada época y de cada momento. Y que de esa manera se verá obligada a cambiar, aunque procurando no «perder su alma». Porque el alma de la cultura es, en buena parte, el alma de cada uno de los hombres y mujeres que la comparten.

Por otro lado, a nadie se le ocultan las implicaciones culturales de cualquier política de desarrollo económico y la problemática que éstas conllevan: ¿Qué clase de desarrollo se ha intentado imponer a los pueblos africanos? ¿Por qué determinadas formas de desarrollo han chocado con la mentalidad africana? ¿Qué frenos están poniendo las culturas africanas al desarrollo necesario en vísperas del siglo XXI?

Al hablar de «culturas africanas», me refiero aquí a las de los pueblos que se encuentran al Sur del Sáhara, más en particular a las de los pueblos *bantúes* que viven en torno al África Central, desde el Sur de Nigeria en el Noroeste hasta Kenya al Este y Angola y Zimbabue al Sur.

¿Cómo se nos muestran hoy las culturas del África subsahariana?

Para mayor claridad, me he fijado en tres rasgos esenciales que definen a todas estas culturas. Son los siguientes: en primer lugar, la enorme importancia de las relaciones interpersonales; en segundo lugar, el carácter exclusivamente oral de sus tradiciones culturales; y en tercer lugar, la mentalidad mística que impregna toda la vida del *mntu* (1).

La preeminencia de las relaciones interpersonales

Las sociedades bantúes tradicionales descansan, casi exclusivamente, sobre las relaciones interpersonales, al contrario de las sociedades modernas que sólo reconocen la existencia de individuos perfectamente intercambiables (a excepción del reducido círculo de la familia y los amigos), a los que se les aplican una serie de conceptos (ciudadanía, contrato, Estado, etc.) y derechos (seguridad social, justicia procesal, etc.).

Los bantúes han vivido tradicionalmente en unidades sociales muy reducidas, en aldeas que en general no superaban los cien habitantes. Se relacionaban también con las aldeas vecinas, pero en un radio muy reducido. Las personas con las que se encuentra el *mntu* en ese marco geográfico no son individuos intercambiables o anónimos. Los conoce a todos. Con cada uno tiene un trato diferenciado. No es lo mismo pertenecer al mismo clan que ser de clanes diferentes. Pero todos se conocen, cada uno dentro del rango que le confiere su pertenencia a una «clase de edad» determinada. El desconocido en principio es motivo de inquietud y debe darse a conocer cuanto antes; debe dar muestras de amistad y de cercanía. De lo contrario, seguirá perteneciendo a un universo teóricamente hostil.

Estas relaciones interpersonales intensas giran en torno a una institución social muy sólida, que es el **clan**. El clan es la familia en el sentido amplio de la palabra. El clan es el conjunto de personas que se consideran descendientes de un mismo antepasado por vía materna o por vía paterna (hay clanes patrilineales y clanes matrilineales). Según la ley de la exogamia, el matrimonio sólo es posible entre personas pertenecientes a clanes diferentes, lo cual lo constituye en instrumento ideal de alianzas.

El clan tiene (o tenía en la sociedad tradicional) una importancia capital. En esas sociedades sin Estado, sin policía y sin seguridad social el clan

(1) *Mntu* (el hombre) es el singular de *bantu* (los hombres). Es sobrado decir que los juicios contenidos en este artículo son juicios de hechos y no juicios de valor.

aseguraba la supervivencia del individuo. En primer lugar, velaba por la seguridad física de las personas contra cualquier enemigo. Y, sobre todo, hacía reinar entre todos sus miembros una estrecha solidaridad.

La ley de la solidaridad es la principal y prácticamente la única ley del clan. En virtud de esta solidaridad, los beneficios económicos de uno de sus miembros nunca son puramente individuales; tendrá que compartirlos con los demás miembros del clan, sobre todo con los ancianos. Quebrantar la solidaridad es una falta grave que se castiga hasta con la muerte.

La fuerte solidaridad del clan se extiende de manera espontánea, pero más difusa, a los miembros de la *tribu*. Por tribu se entiende, en general, el conjunto de personas que hablan la misma lengua. Y pueden comprender, la mayoría de las veces, a varias decenas de miles de personas. Así por ejemplo, en el Zaire hay unas 300 tribus. El concepto de tribu, a pesar de su gran ambigüedad, puede decirse que es principalmente cultural (parecido a etnia), y muy pocas veces tiene una expresión política (2).

Mirando ahora hacia el futuro de África, el problema que se plantea es cómo dotar, a los que hoy han pasado a ser ciudadanos, de un sentimiento de solidaridad con sus conciudadanos que conviven dentro de las fronteras de un mismo Estado. Más aún, la mayor parte de los Estados que nacieron de las independencias de los años 60 tienen unas dimensiones excesivamente reducidas como para poder responder a los retos del mundo actual; por ello deberán constituir unas unidades regionales lo suficientemente amplias de manera que su propio mercado les sirva de motor interno.

Este problema lo captaron bien los jefes de Estado de los países africanos que acababan de alcanzar la independencia, y gastaron considerables energías en infundir un sentimiento nacional a sus conciudadanos. En efecto, se puede decir que todos los países subsaharianos comenzaron siendo unos Estados sin nación.

Como dice Jean-Yves Calvez, hablando del Tercer Mundo en general, «cuanto más fuerte es la solidaridad en un círculo reducido, mayor es el peligro de que resulte débil, poco frecuente y difícil de ser suscitada a una escala más amplia; en ese momento, el otro es verdaderamente un extranjero en

(2) Los casos de Ruanda y Burundi son absolutamente excepcionales: sólo cuentan con dos «tribus» (85 por 100 de hutus y 15 por 100 de tutsis; hay también una minoría insignificante de pigmeos que vive al margen de la sociedad) que hablan una misma lengua, pero son de origen distinto y de rasgos físicos diferentes. Su también excepcional densidad de población (300/km²) es otro de los factores del gravísimo problema político-social de ambos países.

el sentido fuerte de la palabra» (3). No es éste un fenómeno exclusivamente africano. El sociólogo norteamericano Edward Banfield lo ha estudiado también en ciertas sociedades europeas y, a propósito de éstas, habla de un «familismo amoral», en el sentido de que, más allá de la familia, no existe en ellas verdadero sentido de obligación (4).

Ésta es, probablemente, la raíz más profunda de la corrupción generalizada que azota a estos países. En estos países absolutamente nuevos, todavía sigue funcionando el reflejo de dividir a los semejantes en «hermanos» (así es como se tratan los miembros del mismo clan) y extraños. El «hermano» gozará de todos los privilegios, aunque no tenga derecho a ellos, mientras que el desconocido, a poco que se descuide, puede terminar siendo víctima de cualquier abuso de poder por parte del funcionario de turno.

Por sus dimensiones físicas y por las nuevas dimensiones de la solidaridad que implica, el Estado sigue siendo la asignatura pendiente de la mayor parte de los países subsaharianos (5).

Una tradición exclusivamente oral

OTRA característica esencial de las culturas bantúes es su exclusiva oralidad, dado que ninguna de ellas ha utilizado la escritura ni en la administración pública ni en la producción de obras literarias. Todas poseen una literatura, pero es exclusivamente oral.

L. S. Senghor, uno de los padres del movimiento cultural de la *negritud*, miembro de la Academia francesa y presidente de Senegal durante largos años, engloba dentro de la «tradición oral» todas las manifestaciones literarias y artísticas de los pueblos negro-africanos: «Por esta expresión se entiende, por supuesto, la literatura oral, tal y como la vivimos todavía en África: mitos, leyendas y cuentos, poemas cantados o salmodiados, a veces danzados, teatro local con máscaras, cantos y danzas. Sin embargo hay que ir más lejos y englobar en esta expresión a la filosofía, la música, el canto y la danza

(3) *El Tercer Mundo. Aspectos sociales, políticos, internacionales*, Mensajero, Bilbao, 1992, p. 36.

(4) Citado por J.-Y. Calvez, *op. cit.*, p. 36.

(5) Sobre la actual situación política y económica del continente africano, cfr. Edgar Pisani, *África en la encrucijada*, Mensajero, Bilbao, 1995.

como disciplinas autónomas, sin olvidar las artes plásticas, como la pintura y el grabado, la escultura, incluso el tejido.» (6).

Conviene recordar, de la mano del mismo Senghor, que los presupuestos estéticos de la literatura oral negroafricana tuvieron un influjo decisivo en la poesía modernista occidental, concretamente a través de la obra del poeta francés Rimbaud (7). Es ésta una buena ocasión para reconocer también la deuda estética que las artes plásticas del siglo XX tienen contraída con la pintura y escultura africanas, como ha quedado reflejado, por ejemplo, en la producción artística de Pablo Picasso.

Pero no cabe duda de que la oralidad tiene su expresión más directa en la literatura. Las primeras horas de las largas noches tropicales, mientras se espera que vaya remitiendo el calor del día, constituyen el marco ideal para la transmisión de la literatura y sabiduría populares.

Otro marco privilegiado, en el que brilla el carácter oral de estas culturas, son las asambleas públicas en las que se tratan los pleitos entre particulares y los grandes temas de interés general. El árbol de los discursos o de los asuntos (que de ambas maneras puede traducirse la palabra *mambu*) es el verdadero centro de la vida social y cultural de estos pueblos.

Todo miembro varón del clan que hubiera superado la prueba de la iniciación estaba autorizado a tomar la palabra en dichas asambleas. El valor de una persona se medía en buena parte en función de su capacidad oratoria, de su conocimiento de las costumbres y proverbios ancestrales y de su habilidad en manejarlos para la defensa de su causa.

La civilización global hacia la que caminamos reserva ya desde ahora un lugar importante a la comunicación y a la interpretación de toda clase de roles orales, en el teatro, el cine y la canción, campos en los que ya se está dejando sentir la huella de las culturas negroafricanas.

Pero no cabe duda de que la falta de escritura ha constituido y sigue constituyendo un serio obstáculo para estas sociedades. Posiblemente la poca fuerza que en ellas tiene la ley escrita y los acuerdos firmados es una de sus principales carencias. No me refiero a la falta de sentido cívico en el respeto de las leyes, defecto que se puede encontrar en los cinco continentes. Me refiero a la fuerza que deben tener en toda sociedad los textos legales, redactados conforme a las normas jurídicas y a los que deben someterse también los representantes de la autoridad. Casi por definición, este sentido de la ley escrita falta en las tradiciones orales africanas. Esta carencia afecta, a mi entender, a la cultura como tal y no exclusivamente al ámbito político.

(6) *El diálogo de las culturas*, Mensajero, Bilbao, 1994, p. 109.

(7) *Op. cit.*, p. 110.

Daré algunos ejemplos. En el Zaire, la radio (medio de comunicación eminentemente oral) ha funcionado durante lustros como si fuera el Boletín Oficial del Estado. Todo el mundo estaba obligado a hacer lo que se había dicho por la radio. Más aún: en cierta ocasión llegó a afirmarse que la palabra del Presidente tenía fuerza de ley; aunque aquella declaración no pasó, una vez más, del estadio meramente oral, sin embargo tal vez pueda considerarse significativa de una manera de actuar conforme al genio de la cultura.

Más trágicas consecuencias ha tenido otra decisión del régimen mobutista, decisión por la cual se privaba de la nacionalidad zaireña y se expulsaba del país a los *banyamulengues* (8), es decir, a los tutsis instalados en territorio zaireño desde hace varias generaciones. Esta decisión, sin duda contraria a la Constitución, provocó la actual guerra que padece el Zaire.

En otro terreno, uno de los importantes frenos a las inversiones extranjeras en África ha sido la falta de garantías legales y de un cierto marco estable en el que poder realizar proyectos de cierta duración.

Pienso que todas estas dificultades van más allá de las meras maniobras de ciertos políticos, y que afectan al conjunto de la sociedad. También afecta, por ejemplo, a la Iglesia. Más de una posibilidad de colaboración entre congregaciones religiosas y diócesis no se ha llevado a la práctica por la repugnancia de ciertas autoridades a firmar un contrato en el que se fije la duración del proyecto, la situación de las personas implicadas en él, etc. No pocas asociaciones culturales podrían hablar también de la dificultad de atenerse a unos estatutos escritos.

Ahora bien, la cultura de lo escrito tiene una relación directa con el tiempo. Los escritos salvan tiempos que no alcanza a controlar el mero acuerdo oral. El medio plazo y el largo plazo pertenecen de lleno a la cultura escrita.

Más concretamente, sin cultura escrita no son posibles ni la inversión, ni la contabilidad ni el mantenimiento de los equipamientos, ya se trate de vehículos, de parques nacionales o de carreteras. Toda economía, no sólo la macroeconomía sino también el pequeño negocio y la economía familiar, tiene que contar con el medio plazo y el largo plazo. De lo contrario corre el pelibro de convertirse en una economía de mero gasto, y a veces de gasto inmoderado, en lugar de ser una economía con capacidad de inversión y gestión.

(8) Aunque la prensa occidental atribuye a esta «tribu» la conquista de una tercera parte del Zaire en la guerra que comenzó en septiembre de 1996, los *banyamulengues* no son más de quince mil en total.

Además, y esto es más grave, en opinión de Jean-Yves Calvez, «los flujos de refugiados y el gran sufrimiento que padecen tantos hombres y mujeres se debe no tanto a conflictos políticos, que siempre los ha habido, como al desgobierno y la mala administración» (9), algo que también tiene que ver con el carácter oral o escrito de una cultura.

El misticismo negroafricano

SIGUIENDO al antropólogo francés G. Balandier, designaré con la palabra misticismo el tercer rasgo que me parece esencial en las culturas bantúes. Por misticismo entiendo la creencia en unas realidades o en unas fuerzas invisibles que interfieren en la existencia humana. Otros emplean el término de «magia» para expresar más o menos lo mismo. Pero esta palabra, además de aplicarse a un número más limitado de vivencias, está cargada de no poca ambigüedad, cuando no presupone ya una valoración negativa.

El negroafricano está convencido de que los antepasados (verdaderos personajes de la «edad de oro», en los que confluyen la historia y el mito) forman parte también del clan y tienen una influencia decisiva en la prosperidad o en el infortunio de los vivos. Los antepasados son los fundadores de los linajes, de la sociedad, de las técnicas y de las normas morales por las que se rigen los clanes actuales. Son ellos los que siguen manteniendo viva toda la sociedad.

La fuerza vital proveniente de Dios y de los antepasados se ha derramado también sobre la naturaleza, que de ninguna manera es considerada como un simple objeto, sino como algo que pertenece al ámbito de lo sagrado, está habitada por fuerzas sobrehumanas y constituye un don o un préstamo del mundo superior (obsérvese de paso el valor ecológico de esta creencia).

El negroafricano se siente formando parte de un mundo en el que se entrecruzan fuerzas de diverso signo. En el oeste del Zaire se habla de *nbolo* y *ndoki*, respectivamente la fuerza vital y la envidia maléfica. Los *evuzok* del Camerún distinguen, de manera análoga, dos clases de *evus* o fuerzas: las fuerzas del día y las fuerzas de la noche, las de signo positivo y las de signo negativo. El hombre que destaca y prospera es porque ha recibido un *evu* positivo; el que se encuentra aquejado de una enfermedad o sufre un revés

(9) *Servir* (Boletín del Servicio jesuita a Refugiados), n.º 8, febrero, 1997, p. 11).

pensará que alguien le ha enviado un *evu* negativo (10). Esta concepción tiene algún parecido con «el mal de ojo» y «la buena ventura» que conocemos por estas latitudes.

Sin embargo, el misticismo africano se distingue de las meras creencias mágicas porque invade prácticamente todos los planos de la existencia humana. Por ejemplo, el de la propiedad de la tierra. Según la mentalidad tradicional, la tierra ni se vende ni se compra, sencillamente porque no pertenece a los miembros vivos del clan. La tierra es de los antepasados.

La enfermedad y la muerte son dos momentos en los que aflora de manera más intensa esta concepción mística de la existencia. La muerte casi nunca es considerada como un fenómeno puramente natural. Las únicas muertes que no plantean problema son las de los ancianos «colmados de años», como diría la Biblia. Todas las demás sólo pueden deberse a un *ndoki*, es decir, a una persona dotada de poderes destructores y animada por la envidia o el deseo de venganza.

El misticismo negroafricano tiene una clara incidencia sobre la vivencia de la libertad y la responsabilidad. Voy a tratar de explicarlo contando un suceso que pude seguir de cerca. Un clan del interior del país había cotizado entre sus miembros para comprar un camión con el que evacuar sus productos agrícolas y hacer un poco de comercio. Un día ese camión sufre un accidente en la capital, a 500 kilómetros de distancia. Se reúnen los jefes del clan y sentencian que el culpable del accidente es un anciano que vive en la aldea, es decir, que él es el *ndoki* o el brujo (11).

El problema que se plantea es el siguiente: ¿qué concepción pueden tener de la libertad y de la responsabilidad quienes respiran esta mentalidad y están convencidos de semejante poder destructor de determinadas personas? Si el accidente del camión lo decide una persona ajena al mismo, ¿qué responsabilidad puede exigirse, en última instancia, al chófer? ¿Cómo se le podrá motivar para que mantenga en buen estado los frenos de su vehículo y para que conduzca con prudencia?

El africano moderno, como toda persona, debe hacer la síntesis entre sus convicciones más profundas a nivel personal y los conocimientos sobre la naturaleza que le proporcionan las ciencias. En definitiva, está en juego la emergencia de personalidades que asuman su propia libertad y responsabilidad.

(10) Lluís Mallart, *Soy hijo de los evuzok. La vida de un antropólogo en el Camerún*, Ariel, Barcelona, 1996, p. 112-129.

(11) Pueden encontrarse otros ejemplos y otros aspectos del mismo problema en J. A. Irazabal, «Culturas y desarrollo», en *Norte y Sur unidos pero enfrentados. Problemas actuales del Tercer Mundo*, Mensajero, Bilbao, 1993.

Culturas en crisis

LAS culturas bantúes se encuentran actualmente en un rápido proceso de transformación. El choque con las nuevas condiciones económicas y sociales es, la mayor parte de las veces, brutal. Clara imagen de ello son muchísimas aldeas en las que casi no quedan más que mujeres y ancianos: los jóvenes están estudiando o buscando un empleo en las ciudades. En tales condiciones, los lazos de solidaridad dentro del clan se van disgregando y se pierden no pocos valores tradicionales. Al mismo tiempo, los miembros del clan que conocen el éxito sienten el peso excesivo de las estructuras del clan.

La juventud está entrando de lleno en la nueva cultura escrita que le proporcionan las escuelas y las universidades. Esta vez, con el peligro de caer en el fetichismo del escrito y del diploma. Aparecen nuevas generaciones de hombres de negocios, de funcionarios, de intelectuales y de personalidades independientes que organizan su vida conforme a nuevos valores.

Al mismo tiempo, se va abriendo camino una conciencia nacional o una nueva solidaridad de más amplias dimensiones, como lo han demostrado las Conferencias Nacionales Soberanas que se han celebrado en muchos países con el fin de llevar a cabo la transición desde las dictaduras militares a regímenes más democráticos. Lo atestigua también, de manera paradójica, la actual guerra en el Zaire. Algunos observadores occidentales habían pronosticado que esta guerra sería el comienzo de la desmembración del Estado zairiano, pero tal predicción no se está cumpliendo: tanto las pretensiones del rebelde Kabila como las reacciones en el resto del país demuestran que nadie cuestiona el proyecto de nación que comenzó con la independencia.

Lo que no parece todavía sujeto a crisis es la importancia que se sigue concediendo en África a las relaciones interpersonales, tanto en el ámbito urbano como en el rural. El africano sigue siendo más sensible a la relación cercana e inmediata que a proyectos generales. Esto tiene una enorme importancia, por ejemplo, en la ejecución de cualquier proyecto de desarrollo. Muchos proyectos han fracasado porque la autoridad política o las ONGs extranjeras han pretendido imponerlos sin preocuparse demasiado por entrar en contacto con sus supuestos beneficiarios. Si no se consigue implicar en ellos a los jefes tradicionales, a los adultos y, por supuesto, también a las mujeres, que muchas veces van a tener que realizar el esfuerzo principal, el proyecto nacerá muerto.

Lo grave es que, hoy en día, el fracaso de los regímenes autoritarios y las

intolerables condiciones económicas que imponen los países del Norte están produciendo el llamado «afropesimismo» o la falta de confianza de los africanos en sus propias posibilidades. Las actuales condiciones materiales de vida en muchos países africanos están desmoralizando a amplias capas de la población y destruyendo su autoestima.

Sin embargo, no faltan autores que consideran a África como una verdadera reserva de valores humanos. Así, por ejemplo, el economista francés Philippe Engelhard piensa que, en un mundo insolidario e intolerante, «África es actualmente el único continente productor de sentido. Y el sentido que produce es el de la relación social. A veces queda atrapada en el desbordamiento de solidaridades excesivamente apremiantes, pero todavía encuentra motivos de alegrarse en una profusión de solidaridades que ninguna pobreza consigue apagar. África produce el único bien escaso de cara al futuro: la capacidad de relacionarse» (12).

(12) *Croissance*, n.º 400, enero, 1997, p. 13.